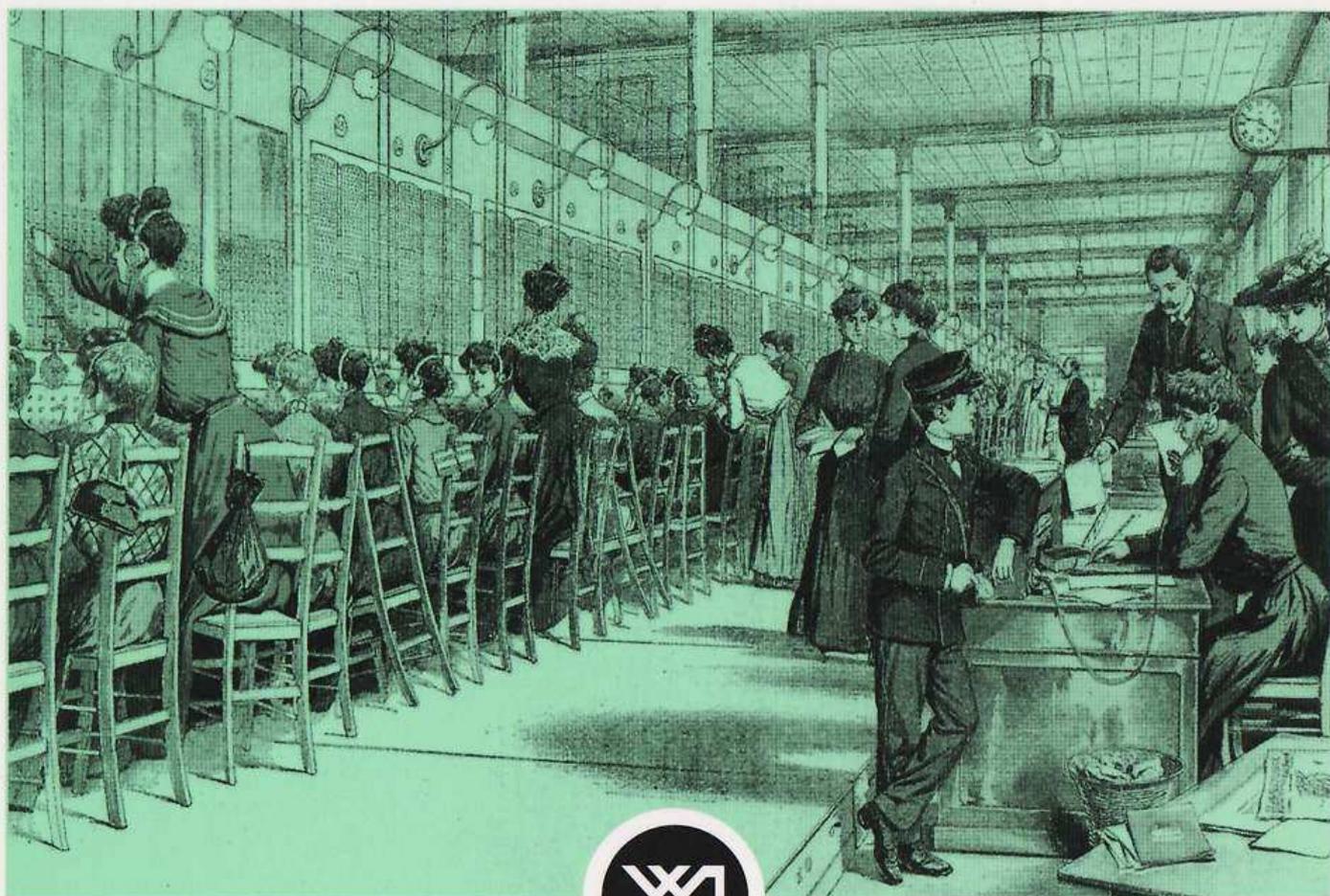


S T 39

REVISTA CUATRIMESTRAL DE EMPLEO, TRABAJO Y SOCIEDAD

PRIMAVERA 2000

Telefónica: mal trabajo sin opciones



Sociología del Trabajo

Revista cuatrimestral de empleo, trabajo y sociedad

Dirección

Juan José Castillo
Santiago Castillo

Consejo de Redacción

Arnaldo Bagnasco, Departamento di Sociologia, Universidad de Turín.
Juan José Castillo, Departamento de Sociología III, UCM.
Santiago Castillo, Departamento de C. Política y de la Admón. III, UCM.
Michel Freyssenet, CSU-IRESO, CNRS, París.
Enrique de la Garza, UAM, Iztapalapa, México.
Juan Manuel Iranzo, Dpto. de Sociología, Univ. Pública Navarra.
Ilona Kovács, Instituto Superior de Economia e Gestão, Lisboa.
Marcia de Paula Leite, Universidade de Campinas, Brasil.
Ruth Milkman, Department of Sociology, UCLA, Estados Unidos.
Alfonso Ortí, Departamento de Sociología, UAM.
Andrés Pedreño, Dpto. de Sociología, Universidad de Murcia.
Ludger Pries, Institut Arbeit und Technik, Alemania.
Helen Rainbird, Faculty of Humanities and Social Sciences, Northampton, R. U.
Antonio J. Sánchez, Dpto. de E. Socioeconómicos, Servicios Omicrón, Sevilla.
José M^a Sierra, Dpto. Geografía, Urbanismo y O. del Territorio, Univ. Cantabria.
Jorge Uría, Departamento de Historia Contemporánea, Universidad de Oviedo.
Fernando Valdés Dal-Re, Departamento de Derecho del Trabajo, UCM.
Imanol Zubero, Dpto. de Sociología I, Universidad del País Vasco, Bilbao.

Dirección de la redacción de la revista

Revista ***Sociología del Trabajo***. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología.
Campus de Somosaguas. 28223 MADRID

Editor

Siglo XXI de España Editores, S. A., Príncipe de Vergara, 78. 28006 Madrid
Teléfonos: 91 562 37 23 - 91 561 77 48. Fax: 91 561 58 19
E-mail: sigloxxieditores@sigloxxieditores.com

Suscripciones

MUNDI-PRENSA LIBROS, S. A.
Castelló, 37. 28001 Madrid
Teléfono: 91 436 37 01. Fax: 91 575 39 98
E-mail: suscripciones@mundiprensa.es

SUMARIO

Andrea del Bono , <i>Call Centers</i> , ¿el trabajo del futuro? El caso de Estrategias Telefónicas, S. A. (ESTRATEL).....	3
Carmuca Gómez Bueno , Del etiquetado de las ocupaciones según nivel de cualificación.....	33
Julio A. Fernández Gómez , El taylorismo en la industria madrileña de finales de los cuarenta.....	63
José A. Nieto Sánchez , <i>Nebulosas industriales</i> y capital mercantil urbano. Castilla la Nueva y Madrid, 1750-1850.....	85
DIEZ AÑOS DE SOCIOLOGÍA DEL TRABAJO	
Juan José Castillo, Arturo Lahera, Margarita Barañano y Carlos A. Castillo , La sociología del trabajo en España entre dos siglos	111
Otfried Mickler , La sociología del trabajo en Alemania Occidental. Estado del debate, preguntas abiertas	135

Nebulosas industriales y capital mercantil urbano

Castilla la Nueva y Madrid, 1750-1850

José A. Nieto Sánchez *

La historia de la industria textil castellana parece estar saliendo de un prolongado letargo. Gracias a estudios muy fragmentarios aún, limitados a veces al análisis de un solo pueblo o ciudad, empezamos a conocer más y mejor los rasgos de la geografía industrial de Castilla, los problemas inherentes a la capitalización, los tipos de productos elaborados y la mano de obra involucrada. Del océano de la pequeña producción predominante en la región durante el período objeto de estudio, emergen islas de sistemas organizativos más complejos, como el *Verlagsystem*, que parecían desterrados de la faz peninsular. De este modo, la figura del capitalista mercantil va incorporándose a la historiografía actual sobre Castilla bajo una nueva luz que rebasa el modelo explicativo dominante hasta ahora, en el que esta figura se asociaba sistemáticamente a una supuesta "traición de la burguesía", y la sitúa como un elemento más en el conjunto de actores que contribuyeron en mayor o menor grado a estructurar las redes de producción entre el campo y la ciudad durante las fases tempranas del peculiar proceso de industrialización castellano. Esta tímida recuperación historiográfica invita asimismo a revisar ciertos tópicos, muy arraigados en las historias industriales de décadas pasadas, referentes al papel de otros agentes como las instituciones gremiales en este proceso¹.

* Calle Olivo, 36, Ambite de Tajuña, 28580 Madrid. Este artículo ha sido realizado gracias a una beca postdoctoral concedida por la Fundación CajaMadrid.

¹ Sin ánimo de exhaustividad ofrezco algunos ejemplos de esta historiografía renovadora: A. García Sanz, "Verlagsystem y concentración productiva en la industria pañera de Segovia durante el siglo XVIII", *Revista de Historia Industrial*, núm. 10, 1996, pp. 11-35;

El camino es aún largo y más si cabe en el ámbito espacio-temporal que cubre el presente artículo, correspondiente a la fase previa al desarrollo y generalización de la industria capitalista de base fabril, fase que en muchas zonas de Castilla se extiende hasta el siglo XX y que se inserta en el proceso más amplio de lo que para toda la Europa occidental se conoce como proceso de proto-industrialización. Castilla la Nueva parecía la cenicienta de este panorama industrial en el contexto español. Sin embargo, hoy es posible afirmar que hacia 1750 su industria textil estaba más extendida de lo que tradicionalmente se ha defendido debido en parte a que su carácter marcadamente femenino, doméstico y volcado al mercado interno, la volvían invisible a la sesgada mirada de los investigadores. También contamos con elementos para sostener que Castilla, junto a otras zonas de la Europa meridional, conforma un modelo particular de proto-industrialización —divergente del modelo dominante de la Europa septentrional con Inglaterra a la cabeza—, pero en donde similarmente la industria se presenta como un fenómeno central en las economías de las familias campesinas y urbanas, y como un elemento dinamizador de la economía nacional en su conjunto durante el período objeto de estudio. A este particular modelo en otra parte lo hemos denominado “vía industrial castellana”².

Éste es el contexto en el que se enmarca nuestro objeto de estudio, las *nebulosas industriales* de Castilla la Nueva y sus relaciones con el capital mercantil de la urbe madrileña entre 1750 y 1850, pues éstas constituyen un lugar privilegiado para analizar en detalle los rasgos distintivos de la vía industrial castellana, y aportan un valioso material al estudio más general de lo que se conoce como teoría de la proto-industrialización. Está bastante asumido entre sus estudiosos que el proceso de proto-industrialización se caracteriza por una intrínseca heterogeneidad, tanto en lo referente a las trayectorias según regiones y períodos, como en lo relativo a la convivencia de una variedad de sistemas y relaciones de producción³. Este rasgo adquiere trazos más gruesos si cabe en la vía industrial castellana, con una hegemónica persistencia de los sistemas

R. Ros Massana, *La industria lanera de Béjar a mediados del siglo XVIII*, Salamanca, 1993; E. Llopis Agelán, “La formación del ‘desierto manufacturero’ extremeño: el declive de la pañería tradicional al final del Antiguo Régimen”, *Revista de Historia Industrial*, núm. 3, 1993, pp. 41-64; o V. López y J. A. Nieto, *El trabajo en la encrucijada. Artesanos urbanos en la Europa de la Edad Moderna*, Madrid, 1996.

² J. A. Nieto Sánchez, *La protoindustrialización en Castilla, 1350-1850*, Tesis doctoral inédita leída en la Universidad Autónoma de Madrid en 1999.

³ M. Cerman, “Proto-industrialization in Vienna, 1787-1857”, *Continuity and Change*, 8 (2), 1993, pp. 231-320.

domésticos en el medio rural que no impidió el desarrollo de formas organizativas dominadas por el capital mercantil de procedencia urbana.

En las siguientes páginas examinaremos las estrategias de penetración que estos agentes mercantiles involucrados en la industria, a los que denominaremos *mercaderes-fabricantes*, desplegaron en las zonas rurales cercanas a la Corte. Para ello repasaremos, en primer lugar, las características de las estructuras industriales presentes en estas zonas, sus sistemas organizativos, los mercados de trabajo y las redes comerciales que las vertebraban. En suma, lo que supone los rasgos esenciales de la vía industrial castellana. Y en segundo lugar abordaremos la definición de las nebulosas industriales objeto de nuestro estudio, para enmarcar el análisis, en último lugar, de la comunidad mercantil madrileña, su papel en el desarrollo de la industria rural castellana y su pérdida de influencia bajo la creciente pujanza del capital mercantil catalán.

La vía industrial castellana: el *small clothier* y el *Kaufsystem*

Durante el siglo XVIII la unidad doméstica rural seguía siendo la unidad productiva predominante en Castilla la Nueva. Su industria textil se distinguía por unas relaciones de producción basadas en la independencia formal del pequeño productor, dueño de sus medios de producción y del control del proceso de trabajo. El sistema doméstico, de sustrato artesanal y apoyado en el uso de energía animal e hidráulica, compone el rasgo esencial de una vía industrial marcada por la lentitud en la transición hacia la factoría mecanizada. Dos variantes cabe distinguir dentro de este sistema doméstico de pequeña producción: el *small clothier system*, en donde producción y comercialización se funden en un solo productor, y el *Kaufsystem* en donde el lado de la distribución del producto recae en un agente mercantil externo a la unidad doméstica. Estas categorías, junto a la de *Verlagsystem*, que también analizaremos y en donde el agente mercantil controla el propio ámbito productivo, no son estáticas ni excluyentes, pues en sí cada una presenta variaciones graduales y pueden combinarse a lo largo de las distintas fases del proceso global de la producción⁴.

⁴ Una descripción más detallada de estos sistemas productivos en P. Kriedte, H. Medick y J. Schlumbohm, *Industrialización antes de la industrialización*, Barcelona, 1986, pp. 147 y ss. Los sistemas imperantes en Castilla pueden seguirse en J. A. Nieto, *La protoindustrialización...*, pp. 54-72 y 424 y ss.

Un ejemplo característico de *small clothier system*, muy abundante en Castilla la Nueva, lo hallamos en localidades como Herencia (Ciudad Real), en donde las mujeres de la unidad doméstica se encargaban de manufacturar telillas, paños y ceñidores que luego los maridos trasladaban a los mercados durante la inactividad agraria de los meses de verano. Es cierto que los mercaderes también se habían introducido en la localidad estableciendo relaciones de *Kaufsystem* con algunos de estos pequeños productores: había “muchos traginantes que vienen a comprar dichas manufacturas de lanas”. Sin embargo eran más los maridos de las productoras que anualmente emprendían un camino plagado de ferias y mercados, y que podía llegar hasta “las partes más remotas de estos reynos”. El viaje ponía en contacto directo a estos “productores” con los consumidores, y a su final, marcado por el inicio de las labores del campo, los maridos regresaban al hogar con los “géneros que producían aquellas provincias y países remotos”. Estos tráficós demuestran la integración del mercado que eran capaces de fomentar los sistemas de pequeña producción así como la sustancial aportación de la manufactura de las mujeres manchegas al que podemos llamar producto interior bruto de la región. Muchas familias castellano-manchegas eran, en suma, al mismo tiempo campesinas, artesanas y tratantes⁵.

Los observadores contemporáneos conocían bien esta realidad y empezaban asimismo a percibir que la comunidad de productores no era estática y estaba experimentando cambios importantes, como la aparición del *fabricante*, término por lo demás bastante ambiguo en su uso pero que denotaba a una suerte de artesano bajo cuyo control se hallaba la totalidad del proceso productivo; y que, a diferencia del *small clothier*, no entraba en contacto directo con el consumidor, sino que empleaba la mediación de un *factor* mercantil para la salida al mercado e incorporaba mano de obra extra-doméstica y extra-local al proceso productivo. Se trataba, por lo tanto, del protagonista de un *Kaufsystem* desarrollado que, en última instancia, refleja cómo las transiciones hacia sistemas supuestamente más avanzados podían arrancar del interior de la propia industria doméstica.

En Novés, localidad toledana de la *Tierra de Torrijos*, tenemos un ejemplo de esta especie de *Kaufsystem*, en el que los fabricantes —o, mejor dicho, *las* fabricantes— contrataban mano de obra local para producir los paños, mientras que sus maridos se encargaban de conectar con los mercaderes o comerciantes. Este control por parte de las mujeres del factor trabajo fue nítidamente percibido por Campomanes al pasar

⁵ Archivo Diocesano de Toledo (ADT), *Descripciones del cardenal Lorenzana*.

por esta localidad en 1778 y ver que “*las mujeres de los fabricantes gobiernan las personas empleadas mientras los fabricantes acopian las lanas y dan salida a sus tejidos*”. No era escaso el ámbito de actuación de esta industria, pues la red de hilanderas de estambre contratadas por las mujeres de los 28 fabricantes de Novés se extendía por 23 pueblos⁶. La pañería de Novés y, como veremos, las de Ajofrín y Sonseca, representa el grado más desarrollado de *Kaufsystem* que podía darse en Castilla, con conexiones con el *Verlag* o *putting out system*, e ilustra la capacidad de los sistemas de pequeña producción para generar procesos de acumulación de capital y la introducción de formas de organización que no excluían cierta concentración productiva y el recurso a mano de obra asalariada. La evolución del *Kaufsystem* a lo largo del siglo XVIII avala que estos productores *fabricantes* se habían convertido en un elemento destacado en la conformación de las nebulosas industriales y en las estrategias de penetración del capital mercantil urbano a través de las redes de subcontratación que éste fomentaba.

Nebulosas industriales y áreas integradas dependientes en Castilla la Nueva

El rasgo estructural, sin duda central de las nebulosas industriales —y, por lo demás, del proceso de proto-industrialización en su conjunto—, es la variedad en el seno de las mismas de sistemas de producción, lógicas y estrategias de acción así como de marcos institucionales diferentes, entre los que se hallaban los gremios de oficio, los concejos, las manufacturas estatales y otras manufacturas concentradas de iniciativa privada. Castilla la Nueva es un ejemplo destacado de esta complejidad industrial del sector textil en la tardía Edad Moderna. Si nos atenemos a las *Memorias políticas* de E. Larruga o a las *Descripciones del Cardenal Lorenzana* para la provincia de Toledo, son al menos cuatro las áreas de esta circunscripción que responden a lo que hemos convenido en llamar *nebulosas industriales*: *La Mesa de Ocaña*, *La Sisla*, *La Mancha Baja* y *La Sagra*. Estas zonas productoras de artículos textiles, sobre todo paños de lana pero también medias de estambre, cintas de seda y un sinfín de produc-

⁶ La cita de Campomanes en Archivo Histórico Nacional (AHN), *Consejos*, leg. 6.007, exp. 55. La red de hilanderas en M. García Ruipérez, “La industria textil en Castilla-La Mancha durante el siglo XVIII”, en *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha* (vol. VIII, 2), Talavera, 1988, p. 360.

tos modestos derivados del esparto y otras fibras vegetales, nos servirán para ilustrar la complejidad a la que aludimos⁷.

Empezaremos por aclarar lo que entendemos por *nebulosa industrial*: la concentración en un área geográfica de pequeñas y medianas iniciativas industriales mayoritariamente independientes, en donde predomina la producción doméstica, los sistemas de subcontratación y el recurso a una fuerza laboral femenina e infantil de bajo coste para las primeras —y a veces también últimas— fases del proceso de producción⁸. En estos términos, el ejemplo más claro de nebulosa industrial lo representan los 13 pueblos de *La Sisla* toledana, zona mesetaria limítrofe con los Montes de Toledo, destacada por su dedicación al paño y los productos de esparto. Esta nebulosa está integrada por un gran número de “empresas” dedicadas a distintas fases y formas de elaboración del paño y otros géneros de lana, con unas distintivas condiciones organizativas y laborales. El motor de su industria textil eran sus dos “grandes centros pañeros” de Ajofrín y Sonseca, cuyos tejedores estaban organizados de manera gremial. Estas dos localidades no destacan tanto por su tamaño, pues ninguna sobrepasó los 5.000 habitantes entre 1787 y 1857, sino por el volumen de su producción, que alcanzaba más de 4.000 piezas en 1750, y la red de pueblos más pequeños que dependían de ellas. En esta fecha, los 210 maestros tejedores de Ajofrín eran la esencia del desarrollado *Kaufsystem* local, pues no en balde estos *fabricantes* ocupaban a más de un millar de hilanderas y a 371 oficiales y 94 aprendices, de tal manera que la industria se convertía en el sector ocupacional más numeroso de la localidad, con cerca de la mitad de sus activos. Desconocemos la cifra de estos fabricantes en Sonseca, pero sabemos que empleaban en 1748 a 342 hombres en fases desde el cardado al teñido de las telas, un número desconocido pero sin duda más alto de

⁷ Para no repetir la procedencia documental de la información aparecida en el texto hago constar que, salvo referencia explícita, la mayor parte procede de E. Larruga, *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España*, Madrid, 1788-..., vols. I-V, IX y XVII, y ADT, *Descripciones del Cardenal Lorenzana*.

⁸ No he aplicado el concepto marshalliano de *distrito industrial* dado que ni siquiera C. Poni ha sido capaz de adoptarlo en estado puro para el caso de la industrializada Bolonia. C. Poni, “Per la storia del distretto industriale serico di Bologna (secoli XVI-XIX)”, *Quaderni Storici*, núm. 73, 1990, pp. 93-167. Para la definición de *nebulosa industrial* me ha sido de gran utilidad, E. Bericat, “Distritos y nebulosas industriales”, *Sociología del Trabajo*, núm. 11, 1990-91, pp. 49-66. El estudio de las nebulosas castellanas apenas ha tenido relevancia en la historiografía española. Tan sólo contamos con el precedente de C. Viñas y Mey, “Notas sobre primeras materias, capitalismo industrial e inflación en Castilla durante el siglo XVI”, *Anuario de Historia Económica y Social*, núm. 3, 1970, pp. 339-421 (esp. pp. 383-390).

mujeres en el hilado de estambre y trama, sin olvidar al ejército de hilanderas que trabajaban para los tejedores de Sonseca en las cuatro leguas de su entorno y en muchos pueblos de La Mancha y La Sagra toledanas. Algo parecido, aunque a menor escala, lo hallamos en Los Yébenes, en las estribaciones de los Montes de Toledo, donde las condiciones geográficas no eran tan benévolas y la pobreza de los suelos obligaba a sus habitantes a buscar ingresos complementarios en las manufacturas. Aquí una comunidad de *tratantes* suministraba estambre a las mujeres de los pueblos más pequeños para la producción de medias en régimen de *Verlagsystem*⁹.

Algunos rasgos de La Sisa se repiten en la nebulosa de La Mancha Baja, cuyos núcleos más destacados son Consuegra y Madridejos (con más de 5.000 habitantes entre 1787 y 1757). Ésta constituye lo que hemos denominado “región de las estameñas” dada su especialización en estos paños. Aquí vuelven a aparecer las pequeñas iniciativas industriales protagonizadas por fabricantes locales, 20 en Madridejos y 22 en Consuegra, que controlan la producción de pueblos cercanos como Camuñas y Urda. La dimensión mercantil de estas experiencias no era desdeñable. En Villafranca de los Caballeros las 12.000 varas de estameñas tejidas por los vecinos se conducían a Cádiz y otras ciudades andaluzas, mientras las 5.000 varas de cordellate quedaban para el consumo popular castellano. En ambas nebulosas se advierte el origen histórico de su industria y la habitual penetración de intereses ajenos al área, sobre todo de *Verlager* andaluces.

La comarca de *La Sagra* ilustra otro rasgo característico de las nebulosas, su capacidad de adaptación a unos mercados cada vez más exigentes a través de una cooperación interna. Las 27 localidades del triángulo formado por los ríos Tajo y Guadarrama han contado históricamente con unas condiciones litológicas que facilitaban la extracción de materiales tanto para la construcción, caso de las yeseñas de Alameda de la Sagra y Yeles, como para el desengrasado de los paños. Así, la tierra de Magán se usaba en el batanado y la greda de Villaluenga se distribuía en la nebulosa de La Sisa (Sonseca y Ajofrín) y en la Tierra de Torrijos (Novés). Ninguna de estas localidades destacaba por su volumen de población —sólo Bargas alcanzaba los 3.000 habitantes—, ni por el monto de su producción textil; pero todas ellas elaboraban productos muy variados: gorrería y calcetería en Magán; guantes, gorros, seda y medias en

⁹ La Sisa presenta unas condiciones climatológicas y edafológicas aptas para el cultivo del olivar y la vid, así como la dedicación ganadera (esta última más frecuente cuanto más cerca de los Montes de Toledo).

Oliás; ribetes en Yuncler y Villaluenga. A la fuerte concentración espacial, la flexibilidad y el gran número de “empresas”, La Sagra añadía innovaciones técnicas que hacían posible que los telares de Villaluenga elaboraran 12 piezas en ocho días. Sus productores eran asimismo capaces de adaptarse a las nuevas y exigentes condiciones de la demanda, pues a finales del XVIII parecen haber sorteado la fuerte competencia de las medias francesas producidas con tornos mecánicos. El sistema productivo de La Sagra integraba, además, una compleja red de servicios comerciales, financieros y de transporte. La feria de Illescas era el principal centro de distribución y en Ugena había compañías de compra-venta de lienzos y tejidos de lana. Los traficantes de Magán distribuían por toda la península los productos locales y las sederías que adquirían en Toledo.

La historia industrial de las nebulosas hasta aquí descritas se remontaba al menos al siglo XVI. Esta “acumulación local” de conocimientos especializados facilitaba a los productores de Ajofrín, Sonseca o Villaluenga poder adaptarse a las nuevas condiciones del mercado. A ello contribuían sin duda los “mercados artesanos de utillaje” y la red de especialistas en su reparación¹⁰. En Ajofrín y Mora era posible arreglar los telares o encontrar fabricantes de tijeras, cardas y peines de telar. Así había sucedido a lo largo de la crisis del siglo XVII y se mantenía inalterado en el siglo XVIII, cuando se entabla una relación más estrecha con los mercaderes de Madrid y los cambiantes dictados de la moda cortesana. Esta capacidad de adaptación, como hemos apuntado arriba, se apoyaba a su vez en una sólida cooperación en el seno de la nebulosa. El control de esta cooperación era a menudo ejercido por los poderes públicos —concejos o administración estatal— o por los gremios locales, cuyas ordenanzas sufrían cambios tendentes a compatibilizar las técnicas de las distintas fases del proceso de producción, a garantizar la uniformidad del proceso productivo y a mantener el principio de la “desigualdad limitada” de los productores. Asimismo, a través de los concejos se favorecía la introducción de innovaciones técnicas de uso colectivo. Es el caso de la fuerte inversión realizada por el concejo de Ajofrín en la segunda mitad del siglo XVII para construir un batán, o el apoyo del concejo de Mascaraque a la nueva tecnología adoptada para la manufactura de cintas de seda. Tanto el poder político local, como las franquicias, subvenciones, exenciones fiscales y ayudas a la innovación

¹⁰ Los “mercados artesanos de utillaje” o la circulación de medios de producción —nuevos o de segunda mano— controlada por los propios productores no solo propiciaba la cooperación entre ellos sino también el ahorro de capital fijo.

tecnológica procedentes de la *Junta de Comercio y Moneda*, estimularon el desarrollo de las nebulosas toledanas¹¹.

Las relaciones con el capital mercantil foráneo y local era otro elemento de la “atmósfera industrial” de las áreas objeto de estudio. La producción a gran escala y las enormes instalaciones de las manufacturas concentradas generaban una gran demanda de mano de obra. Las nebulosas eran, por un lado, potenciales canteras de trabajadores para las primeras fases de la preparación de los tejidos. Pero, por otro, eran escenario de competencia entre las manufacturas concentradas y los productores locales, a los que la mano de obra solía estar unida por vínculos sociolaborales de carácter comunitario. A través de subcontratación con intermediarios, a menudo *tratantes* locales pero también *fabricantes*, las grandes proto-fábricas accedían a la fuerza laboral necesaria para surtirse de su materia prima, el hilo, verdadero cuello de botella de la industria textil. Así lo comprobamos en la última área objeto de estudio, la nebulosa de la *Mesa de Ocaña*.

La actividad industrial de esta zona se concentraba en las poblaciones de más de 3.000 habitantes —Ocaña, Dos Barrios, Tembleque, Yepes—, y mantenía una relación fluida con las necesidades de hilo de la Real Fábrica de Guadalajara y su red de *escuelas de hilazas*. Aparte de su celebrada feria, Ocaña contaba con una significativa industria jabonera y una comunidad de tratantes de lana que actuaba como *Verlager* suministrando estambre a las mujeres de Ocaña, Cabañas de Yepes, Ciruelos, Noblejas o Tembleque. Pero estas trabajadoras “pluriactivas” se empleaban también en el esparto, el otro producto estrella de la zona, que ayudaba a sacar de apuros a muchas familias de Cabañas, Noblejas, El Romeral, Vilamuelas, Villasequilla o Yepes. El mercado madrileño, sobre todo su feria de San Mateo, era el gran centro de distribución de esta fibra. Pero esta relación entre la ciudad y el campo se enriquecía en el siglo XVIII con los convenios establecidos entre los gremios de Madrid y los medieros de Dos Barrios, o la instalación de factorías centralizadas en Cabañas dirigidas desde Madrid¹².

Tanto los sistemas de pequeña producción dominantes en las nebulosas industriales, con el fabricante y el tratante local como protagonistas, como los sistemas de gran escala aplicados por los mercaderes-fabricantes urbanos, dependían para el aumento de los niveles de

¹¹ Sobre Ajofrín, D. de Paz Escribano, J. M. Rodríguez Martín y L. de la Cruz Palomino, *Historia de la Villa de Ajofrín*, Madrid, 1990, pp. 215-216.

¹² Una descripción detallada de la industria existente en Ocaña en 1789, en AHN, *Consejos*, leg. 5.554, exp. 120. Los convenios con los medieros de Dos Barrios en Archivo General de Simancas (AGS), *Dirección General del Tesoro*, leg. 1, exp. 19.

productividad del empleo intensivo de una mano de obra sumamente desvalorizada, la de las mujeres y los niños de la unidad doméstica. Sobre estos miembros recaía, en efecto, la explotación intradoméstica en la que se basaban los sistemas de pequeña producción. Pero esta mano de obra era asimismo explotada dentro y fuera de la unidad doméstica bajo pedidos de mercaderes-fabricantes urbanos. La necesidad de cumplir con plazos estrictos estaba vinculada con la intensidad del trabajo de estas productoras y también con su nivel de explotación, que aumentaba cuando los fabricantes trataban de responder rápidamente a las nuevas presiones del mercado. La división del trabajo por criterio de género y edad —o división *fisiológica* como diría Marx— era en la industria textil un factor fundamental de esa rápida adaptación a unos mercados cada vez más exigentes, y por tanto también de la fortaleza de los sistemas de pequeña producción característica de las nebulosas industriales. Más arriba hemos mencionado la estrecha relación de las mujeres con el factor trabajo dentro de estas industrias. En la unidad doméstica del *fabricante*, la esposa de éste controlaba el proceso de trabajo y la contratación de la mano de obra, femenina a su vez, pues estas *fábricas* o manufacturas *populares*, asociadas a la preparación de las materias primas y al acabado de unos artículos de consumo masivo, se habían convertido en una dedicación exclusivamente femenina y, por tanto, sumergida, invisible, desplazada fuera del ámbito de *la economía* al terreno incógnito de *la naturaleza*¹³.

Sin embargo, la evidencia disponible avala la centralidad *económica* de las tradiciones artesanas o “tecnologías femeninas”, como las denomina M. Berg, en las áreas protoindustriales¹⁴. El aprendizaje de los secretos del oficio, fuera de los canales formales de los gremios, se transmitía de madres a hijas en esa suerte de “atmósfera natural” tan puesta de relieve por la ideología reformista de la época en expresiones como “*las niñas que apenas saben hablar disfrutaban ya de esta ciencia*”, en referencia a las pequeñas productoras de medias, guantes, mitones y otros artículos, de Olías del Rey, en la nebulosa de La Sagra. En esta nebulosa, además del hilado de medias de estambre, las mujeres y sus hijas se dedicaban también al tejido de ligas, el teñido del estambre, como en El Viso, y a la elaboración de ribetes de lana, como en Villaluenga. Hacia 1850 en la

¹³ Los *Discursos* de Campomanes acerca de la *industria popular* son un buen ejemplo de la legitimación ideológica de esta asimilación de *lo popular* a *lo femenino*: “*La mayor parte de esta clase de gentes (las mujeres) es la que se puede emplear en las principales faenas de las fábricas populares...*”. *Discurso sobre el fomento de la industria popular*. Ed. de G. Anes, Oviedo, 1991, p. 42.

¹⁴ M. Berg, *La era de las manufacturas, 1700-1820*, Barcelona, 1987, p. 156.

Mancha Baja las mujeres de Villacañas llevaban a cabo el tejido del paño, oficio tradicionalmente agremiado y, por tanto, formalmente reservado exclusivamente a productores varones.

Las mujeres de las unidades domésticas con menos recursos representaban una fuente inagotable de mano de obra diestra y barata para los intereses industriales del capital mercantil tanto local como foráneo. En cuanto al primero, ya hemos visto cómo en Los Yébenes la comunidad de *tratantes-fabricantes* proporcionaba lana a las mujeres de Marjaliza y Urda para la producción de medias, que a su vez compaginaban esta actividad con el hilado del estambre que les suministraban las *fábricas* de Consuegra y Madrideojos. Esta materia prima era también distribuida por los tratantes de lana de Ocaña entre las productoras de su localidad. En cuanto al segundo tipo de capital mercantil, el representado por la poderosa comunidad de mercaderes radicada en la Corte, sus relaciones de dependencia con respecto a la mano de obra femenina dispersa en las localidades del entorno rural —aunque también del urbano— solía pasar en las nebulosas industriales consolidadas por la mediación de los *fabricantes* del desarrollado *Kaufsystem* y los tratantes locales, o chocar con las resistencias de estos últimos a la intromisión de los intereses que estos mercaderes-fabricantes representaban.

En esta dirección, una de las hipótesis que queremos adelantar en este trabajo es que la proliferación de muchas y pequeñas empresas independientes en una zona determinada, que solía componer una nebulosa, dificultaba la penetración y hegemonía de las grandes empresas auspiciadas por el capital mercantil urbano, ya que éste suponía una amenaza al principio de “desigualdad limitada” tan arraigado en las instituciones gremiales y concejiles, y en general entre todos los productores. La fortaleza de estos *laborantes*, según palabras de Larruga, que en localidades como Sigüenza llegaron a formar compañías para contrarrestar el poder de los *tratantes-fabricantes* locales, es un factor que hasta ahora no se ha tenido en cuenta para la explicación de una supuesta ausencia de involucración de la burguesía mercantil urbana en la industria castellana. La pañería de Madrideojos es un claro ejemplo de la integración y relativo igualitarismo de los pequeños productores independientes. La información facilitada por Larruga sobre el número de telares que poseían los fabricantes en la localidad de Madrideojos muestra una imagen muy homogénea de esta comunidad (casi todos contaban con entre 1 y 5 telares). En Ajofrín y Sonseca se repite el mismo patrón.

No sugerimos, sin embargo, que las grandes aventuras industriales del capital mercantil fuesen las causantes de la destrucción o decadencia

de las nebulosas industriales, pues la centralización operada por las manufacturas concentradas de textiles requería al mismo tiempo de la dispersión de determinadas fases del proceso entre productores calificados. Simplemente queremos destacar que la involucración del capital mercantil urbano en la industria de Castilla la Nueva tuvo sus máximos exponentes en zonas que no conformaban nebulosa industrial, sino que quedaban en los límites o fuera del radio de acción de éstas. A estas zonas las hemos denominado *áreas integradas dependientes* de un gran centro de producción. Dos ejemplos significativos son las comarcas de la Alcarria de Guadalajara y el Campo de Calatrava, en la provincia de Ciudad Real, que examinaremos a continuación.

En esta última, la minería y la manufactura del encaje vertebraban todas las relaciones industriales. A mediados del siglo XVIII la propiedad de la tierra del Campo de Calatrava estaba aún muy concentrada en manos de la Orden Militar del mismo nombre, lo que privaba a una gran masa de campesinos sin tierra del desempeño de actividades agroganaderas que no fueran el empleo jornalero estacional en la cosecha y recogida de la uva y la oliva. Las ventas en ferias cercanas de los excedentes derivados de unos huertos de gran productividad eran para las familias campesinas un medio de obtener dinero para pagar impuestos y adquirir mercancías. La zona mostraba una gran dependencia de sus dos centros urbanos más importantes, Daimiel y Almagro. Este último era la sede de la feria más importante de Castilla la Nueva, sólo desbancada por la de Valdemoro. Entre los 6.500 habitantes de Almagro en 1787, había una comunidad mercantil que no destacaba tanto por su número como por su influencia. Compuesta a mediados de siglo por 130 individuos, de los que 34 eran tratantes de encaje y 24 mantenían tiendas y negociaban con textiles incluidos encajes y blondas, distribuía estos productos a lo largo y ancho de las dos Castillas y Andalucía¹⁵.

La dedicación exclusivamente femenina a la manufactura del encaje de bolillos tenía un origen flamenco que databa al menos de finales del siglo XVI. Con todo, esta industria no alcanzaría su apogeo hasta que en 1766 un matrimonio de Madrid, compuesto por Manuel Fernández (con negocios en la minería) y Rita Lambert (experta en el encaje), obtuviera permiso para enseñar nuevas técnicas a las encajeras de Almagro. La escuela de Rita Lambert pronto experimentó un gran crecimiento: las 140 mujeres y niñas que controlaba en 1767 se habían transformado en 400 sólo en dos años. No fue, sin embargo, hasta la llegada en 1785 de la privilegiada compañía madrileña de *Mercaderes de la Puerta del Sol*,

¹⁵ Almagro, 1751. Según las *Respuestas del Catastro de la Ensenada*, Madrid, 1994.

cuando la escuela de Rita Lambert empezó a declinar. Los nuevos *Verlager* iban a beneficiarse de su trabajo, pues encontrarían un ejército de diestras encajeras capaces de producir todo tipo de calidades: a finales de siglo alcanzaban los dos millares sólo en Almagro —desde niñas de seis años a ancianas—, y en toda el área ascendían a 3.730. A estos mercaderes se les había autorizado, además, la introducción de 1.500 libras de hilo de Haarlem libre de impuestos para un período de cuatro años. Pronto se hicieron con el monopolio del suministro regular de materia prima a las productoras, que, de este modo, caían en dependencia total de los mercaderes madrileños y se veían obligadas a contentarse hasta con pagos en especie por su trabajo (generalmente ropa de ajuar).

El capital mercantil catalán, representado por Félix Torres, vecino de Mataró, tomaría el relevo de los *mercaderes de la Puerta del Sol* en el control de la industria del encaje de esta comarca hacia finales del siglo XVIII. Años después la producción centralizada se combinaba con el trabajo domiciliario. En 1850 el *Diccionario Geográfico* de Pascual Madoz registró 23 pueblos y ciudades en donde un gran número de mujeres trabajaban para la fábrica almagreña de los Torres, que daba ocupación a 8.000 personas en toda la región. La organización semi-centralizada de la industria del encaje combinaba una planta urbana central con unidades rurales dispersas, semejantes a las *escuelas de hilazas* promovidas por las Reales fábricas. En los locales de los Torres 806 niñas de cuatro a cinco años de edad se ocupaban de la manufactura del encaje sencillo, mientras que otras 677 de hasta nueve años se encargaban del trabajo más fino. Las mujeres adultas y las *maestras* —ayudantes de capataces varones— coronaban la jerarquía laboral dentro de la fábrica.

Aunque los exiguos ingresos procedentes del encaje eran un elemento esencial para las economías de las familias de las productoras, éstas se mostraban poco entusiastas en una actividad intensiva que a menudo llevaban a cabo a la luz de la vela y consumía la vista hasta el punto de la ceguera, como algunos médicos contemporáneos certificaron. No era extraño, en estas condiciones, que los empresarios se encontraran con serias dificultades para reclutar mano de obra. Los pagos solían ser de tres a cuatro veces inferiores al valor real de la producción. Las mujeres de Argamasilla de Calatrava ganaban diariamente 4 maravedíes, que no resisten comparación con los 2 reales que obtenían las “afortunadas” cinteras de la villa de Mascaraque en La Sisa. Los Torres y otros grandes fabricantes tuvieron que seguir recurriendo, de este modo, a incentivar la productividad de las trabajadoras con premios y diferentes tipos de dotes.

El trabajo intensivo y barato de las productoras pertenecientes a las unidades domésticas más modestas, y por tanto dependientes de los in-

gresos de todos los miembros de la unidad, suponía una fuente inagotable de plusvalor para el mercader-fabricante. En la otra área integrada dependiente, la Alcarria de Guadalajara, se repite el mismo patrón. Sus 50 núcleos de población se caracterizaban por su pequeño tamaño, de manera que tan sólo Brihuega y Budia superaban los 1.000 habitantes. La industria artesana doméstica en esta zona se remontaba al menos al siglo XV, pues dados un clima y un suelo adversos al aprovechamiento óptimo de los recursos naturales, sus pobladores se veían obligados a volcarse en la manufactura para la obtención de ingresos complementarios. Ahora bien, esta actividad industrial siempre fue realizada por artesanos especializados muy diseminados y poco relacionados entre sí. De esta manera, los directores de las Reales fábricas de paños de Brihuega y Guadalajara parece que hallaron pocos obstáculos para llevar a cabo su proyecto de crear *ex novo* una extensa red de hilanderas de torno, en régimen de monopolio, que permitiera pasar por alto el control que sobre esta mano de obra solían ejercer los fabricantes locales, para surtir a su megafactoría pañera. Ampliar el ejército industrial de reserva, compuesto por mujeres y niños, era esencial para asegurarse un regular suministro de hilo, que, como hemos apuntado, representaba el auténtico cuello de botella de la industria textil¹⁶.

Despejado el camino de *fabricantes* y pequeños productores independientes, los gestores de estas Reales fábricas no tuvieron dificultades para establecer una extensa red de *escuelas de hilazas*, unidades de aprendizaje y producción pequeñas y dispersas en las que se aglutinaba la mano de obra dedicada a las tareas de preparación del hilo. De las 200 escuelas dependientes de las Reales fábricas, eran casi 50, sólo en la provincia de Guadalajara, las que surtían a la fábrica de Brihuega. La posterior decadencia de los paños de calidad de Guadalajara tuvo una repercusión desigual en el área. En la ciudad, en 1850, pocos recuerdos quedaban ya de esta actividad textil, pero no así en las villas que tenían un hondo pasado industrial ligado a los sistemas de pequeña producción. En Brihuega, la vitalidad de sus fabricantes permitió emplear a la mano de obra femenina en el bordado de mantones negros y coloreados, que alcanzaron gran difusión por “*la mayor parte de las provincias del reino*”. Del mismo modo, el cierre de la sucursal de la Real fábrica no impidió que siguieran en uso sus instalaciones, ya que al ser comprada por el comerciante madrileño, Justo Fernández, pudieron seguir fun-

¹⁶ A. González Enciso, *Estado e industria en el siglo XVIII: la fábrica de Guadalajara*, Madrid, 1980; A. Niño Rodríguez, *Brihuega. Organización social y actividades productivas en una villa castellana del Antiguo Régimen*, Guadalajara, 1985.

cionando los cinco batanes y se instalaron máquinas para el escarmenado y acabado de los tejidos, movidas por el agua del Tajuña. Es cierto que la alta calidad de los paños de la fábrica no ayudaba a su comercialización, pero el empresario madrileño no se amilanó y logró mantener cierta parte del antiguo esplendor de la fábrica e incluso invirtió en la compra de una, según Madoz, imponente manufactura mecanizada de hilar estambre en la localidad de Trillo. Otras pequeñas villas de la Alcarria sortearon los efectos del cierre de la Real Fábrica con las iniciativas de este capitalista madrileño, y en 1850 acogían una modesta actividad textil que, en los casos de Barriopedro, Solanillos del Estremo o Gualda, se restringía al hilado femenino en tornos para el suministro de Brihuega¹⁷.

El capital mercantil madrileño y la industria castellano-manchega

Una buena parte de los agentes mercantiles que estructuraban la producción industrial del campo castellano procedía en la segunda mitad del siglo XVIII del medio urbano de la Villa y Corte, en donde radicaban sus sedes. En este sentido debemos matizar algunas afirmaciones que tradicionalmente se han vertido acerca de la escasa o nula implicación de este colectivo en la inversión industrial. En primer lugar, habría que preguntarse si esta inversión en industria podía devengar beneficios superiores al 50% como sucedía con el comercio de la lana. En segundo lugar, la escasa inversión en actividades productivas está en relación con el atraso estructural de una sociedad castellana que seguía manteniendo las actividades de transformación en un nivel artesanal, lo mismo que los grandes hacendados apenas se ocupaban de introducir mejoras en la explotación agraria. Todo indica que el grueso de los mercaderes castellanos hallaba por otros caminos la obtención de altos beneficios, lo que les disuadía de la idea de invertir en la manufactura rural de su entorno. Hablamos, en suma, de una burguesía que, como la alta burocracia, no rechazaba el sistema tardofeudal sino que vivía a sus anchas en él.

¹⁷ El inventario de la fábrica de Trillo, realizado en 1852, reafirma la fidelidad del comentario de Madoz en cuanto a la magnificencia del edificio, pero introduce dudas sobre las innovaciones técnicas y la posibilidad de que también trabajasen mujeres en ella. Archivo Histórico de Protocolos de Madrid., Prot. 26.402, ff. 115 y ss.

Este solo hecho, sin embargo, no justifica rechazar de plano la existencia de inversiones industriales, por lo que estamos obligados a intentar explicar cuál era la propia lógica inversora de esta burguesía. Para esto es necesario estudiar las estrategias de inversión de los mercaderes, pero no como se ha venido haciendo hasta ahora desde las biografías personales de estos protagonistas, sino desde las formas organizativas que promovieron, pues los resultados desde una y otra perspectiva arrojan saldos muy diferentes. Del análisis de estas últimas, las compañías mercantiles, se desprende el reparto del riesgo derivado de la inversión en industria. Muchas manufacturas concentradas vieron la luz de la mano de compañías tradicionales que aunaban los intereses mercantiles y artesanales. Éste es el caso de la formada en 1772 por Juan Agustín Machón, vizcaíno dedicado en Madrid al tráfico de sedas en la Puerta de Guadalupe, y de Fernando de Ibarra, espartero de Daimiel. Esta compañía estableció una manufactura concentrada de elaboración de esparto subvencionada por el Estado en la misma localidad manchega. El mercado para estos productos estaba asegurado mediante el acuerdo con la *Junta de Comercio* para introducirlos en Madrid libres de impuestos¹⁸.

Sin duda, la andadura poco brillante de esta compañía, en la que Machón había invertido el 17,5% de su fortuna en 1774, y otros fracasos similares pudieron desincentivar a muchos mercaderes de Madrid interesados en la industria. Pero algunos se atrevieron a dar el paso a través de formas asociativas más estables y menos arriesgadas. De hecho, la inversión realizada mediante compañías al uso palidece si la comparamos con la inversión de las propias *Compañías de Comercio* establecidas por los mismos mercaderes, en donde el reparto del riesgo se hacía entre un accionariado que previamente había adelantado su capital. Un estudio reciente ha demostrado que las inversiones industriales de los comerciantes madrileños de los *Cinco Gremios Mayores* —negociantes con fortunas no inferiores al millón de reales en términos medios— representaban menos del 0,25 por ciento de los ingresos globales de estos mercaderes entre 1750 y 1850. Sin embargo, la inversión realizada por las compañías en las que estaban inscritos esos mismos inversores individuales era infinitamente superior¹⁹.

¹⁸ AGS, *Dirección General del Tesoro*, Leg. 649 (2), exp. 563. Según J. Cruz la fortuna de Machón en 1774 se elevaba a 2.281.600 reales. Sin embargo, la experiencia de Machón no ha merecido la pena ser comentada por el autor en la versión final de su tesis doctoral. J. Cruz, *Gentlemen, Bourgeois and revolutionaries. Political change and culture persistence among the Spanish dominant groups, 1750-1850*, Cambridge, 1996, pp. 54-55 y 57, n. 86.

¹⁹ El porcentaje procede de J. Cruz Valenciano, *Gentlemen, Bourgeois...*, pp. 47-50 y esp. tabla 2.6. Sin embargo, un simple repaso del capital social necesario para el funcio-

El Estado favorecía la fundación de compañías “modernas” mediante el otorgamiento de determinados privilegios. De este modo la poderosa *Confederación de los Cinco Gremios Mayores de Madrid*, con quien la Corona se hallaba fuertemente endeudada, se convertía en el arrendatario de las ostentosas aventuras industriales del Estado, las Reales Fábricas. En este proceso es importante resaltar las fechas de 1748 y 1835, que marcaron el inicio y el fin de una estrecha colaboración entre el Estado y el capital mercantil urbano. En la primera se constituye la compañía madrileña del *Gremio de mercaderes de paños*, con un marcado carácter industrial, y en la segunda se produce la quiebra de los *Cinco Gremios Mayores*. Fue en 1763 cuando estas cinco compañías individuales se unieron en una sola, la *Compañía General de los Gremios Mayores*. Este precedente de los “trust” actúa como un auténtico banco de depósito, giro, crédito y fomento industrial. La “más potente entidad capitalista castellana”, según Ruiz Martín, realizaría una enorme inversión entre 1757 y 1767 en la Real Fábrica de paños de Guadalajara, y otra de igual alcance entre 1786 y 1787 al serle cedida la gestión de las Reales fábricas de sedas de Talavera y Murcia así como las de paños de Ezcaray y Cuenca. Con todo, los más de seis millones y medio de reales desembolsados y el amplio ámbito geográfico de las Reales fábricas no trajeron a la postre un desarrollo industrial y estas iniciativas acabaron por languidecer hacia 1830²⁰.

Cabe preguntarse, sin embargo, por qué los Cinco Gremios sólo invirtieron en el área alcarreña y no en cualquiera de las nebulosas industriales castellano-manchegas. Hemos señalado más arriba que un factor que merece tenerse en cuenta en la explicación de las causas de la desidia industrial de nuestra burguesía mercantil es la propia fortaleza de los productores, agrupados en las nebulosas industriales, y su oposición a la intromisión de agentes desestabilizadores de sus formas tradicionales e independientes de organización del trabajo. Esto no ocurría en las *áreas integradas dependientes* que hemos definido en el apartado anterior, ni en otras zonas, como veremos a continuación en el caso de la circundante a Madrid, que no contaban con sólidas redes

namiento de una compañía industrial privilegiada —en compañías relativamente pequeñas no solía bajar de un millón de reales— muestra la desproporción entre la inversión industrial realizada individual y colectivamente. Sobre las compañías industriales es imprescindible M. J. Matilla Quizás, “Las Compañías privilegiadas en la España del Antiguo Régimen”, pp. 269-401, en M. Artola (ed. e int.), *La economía española al final del Antiguo Régimen. IV. Instituciones*, Madrid, 1982.

²⁰ M. Capella y A. Matilla, *Los Cinco Gremios Mayores. Estudio crítico-histórico*, Madrid, 1957, pp. 145-179; AHN, *Estado*, leg. 3.182, caja 2, exp. 150.

de productores independientes antes de la irrupción en ellas del capital mercantil.

En 1764 se funda la *Compañía de Lonjistas* de Madrid, que vivió su máximo esplendor al calor de la liberalización del comercio ultramarino, entre 1765 y 1778. Los miembros de esta compañía estaban asociados a los Cinco Gremios Mayores y en 1790 la formaban una quinceña de individuos de origen vasco embarcados en el comercio ultramarino de cacao, azúcar, canela y tintes. Los retornos de estos productos se incrementaban con inversiones en la industria sedera de Toledo. De este modo, crearon una red triangular en la que se importaban especias de América, Toledo suministraba medias de seda y otros artículos de calidades diversas, a través de una red de *Verlagsystem*, y Madrid servía de almacén principal y centro del tráfico mercantil. En 1785 la compañía empezó a administrar una antigua fábrica textil en Valdemoro que producía artículos de seda y géneros de lana, lino, hilo, estambre y un producto nuevo, el algodón. Para ponerla en funcionamiento invirtieron tres millones de reales en un edificio central que constaba de tres oficinas con sus respectivos telares, así como en los obradores en donde se peinaba el estambre, un lavadero y tintes para sedas y lanas. Organizativamente, lo más destacable es que esta concentración era complementada con la descentralización propia del hilado, ejecutado por las mujeres de los pueblos cercanos en las *escuelas de hilazas* de Pinto, Valdemoro, Torrejón de Velasco y Casarrubios del Monte. A partir de principios del siglo XIX esta manufactura concentrada absorberá también parte de la fuerza laboral empleada por los fabricantes de Ajofrín, con los que se llegó a firmar acuerdos de subcontratación para el hilado y el cardado²¹.

Las *escuelas de hilazas* que acabamos de citar fueron arrebatadas por los lonjistas a los gestores de la Real Fábrica de Guadalajara, aunque no sin resistencias, pues la fábrica alcarreña intentó reprimir a los lonjistas mediante sucesivos embargos de géneros y destierros de los maestros puestos al cargo de las escuelas "ocupadas". No obstante, la penetración que los lonjistas lograron en Ajofrín tuvo más calado que su intromisión en las escuelas de hilazas, pues significó el principio del fin de la nebulosa toledana de La Sista. Como hemos visto, durante todo el siglo XVIII la autonomía de esta nebulosa fue total y otros mercaderes, como el Gre-

²¹ Los miembros de la Compañía en AHPM, prot. 19.970, f. 237. Los avatares de la nueva fábrica son recogidos por P. Corella, *Reales manufacturas de Valdemoro: tejedores franceses y flamencos*, Madrid, 1992, pp. 22-23. Los acuerdos con Ajofrín en D. Paz Escribano y otros, *Historia de la Villa de Ajofrín...*, p. 219.

mio de mercaderes de ropería de nuevo de Madrid, que había tenido que negociar con sus fabricantes, lo sabían muy bien.

Este gremio mercantil, compuesto probablemente por antiguos y prósperos maestros sastres embarcados ahora en empresas comerciales de gran escala, empleaba a 4.000 trabajadores de ambos sexos sólo en la ciudad de Madrid. Pero en las nebulosas toledanas había logrado extender su influencia sobre un radio de 170 km a la redonda. A esta zona acudían a recoger los paños y no trataban directamente con las hilanderas, pues los fabricantes del desarrollado *Kaufsystem* local habían estructurado redes de subcontratación dirigidas por sus esposas. Unas 1.100 hilanderas de Ajofrín trabajaban para estos tejedores locales en 1748 bajo pedidos de los roperos de nuevo de Madrid. Y lo mismo hacían 450 hilanderas de Sonseca y 600 de Novés (en Torrijos). Estos ejemplos, en donde el capital mercantil no puede penetrar en la producción, demuestran que el grado de penetración no dependía sólo de cuestiones de riesgo o de la posibilidad de obtener mayores beneficios en otras actividades lucrativas. La incursión de los mercaderes-fabricantes madrileños era más fácil en los bordes de las nebulosas industriales, como hemos visto en el caso de Valdemoro, cercano a *La Sagra*, o allí donde no había experiencias industriales previas, como en ciertas localidades cercanas a la Villa.

En la provincia de Madrid, durante los primeros años del siglo XIX, los mercaderes madrileños se beneficiaron del establecimiento de redes de *putting out* para el bordado de mantillas, empleando a las mujeres de Villaverde, Parla, Getafe y Fuenlabrada. En 1804 un maestro bordador y fabricante, Francisco García, tenía a 40 mujeres trabajando en su taller central de Madrid y 124 más esparcidas por toda la ciudad. Pero, asimismo, estableció una sucursal en la localidad de Getafe donde otro grupo de cuarenta mujeres se repartían en siete talleres bajo la supervisión de una maestra. Estas mismas trabajadoras eran las que también hilaban para las fábricas de textiles bastos de Getafe y Fuenlabrada²².

Estos y otros ejemplos nos sitúan en una perspectiva diferente en la que el panorama industrial del siglo XIX se muestra más complejo de lo admitido hasta ahora. Las grandes pañerías urbanas y las iniciativas estatales decayeron a partir de 1830. Pero estos procesos no pueden ocultar la capacidad de ciertas pañerías rurales para sortear esta coyuntura adversa. Es por esto por lo que no estamos de acuerdo en definir el si-

²² AGS, Consejo Supremo de Hacienda, Junta de Comercio y Moneda, legajo 315, exp. 38; A. Regás, *Estadística de la provincia de Madrid*, Madrid, 1825, pp. 73-4; P. Madoz, *Madrid: Audiencia, Provincia, Intendencia, Vicaría, Partido y Villa*, Madrid, 1848.

glo XIX como un “largo proceso de desindustrialización” caracterizado por la pérdida de población y de técnica. Si la disminución demográfica puede ser evidente, las necesidades de los productores y su propia destreza y flexibilidad a la hora de adaptarse a las coyunturas críticas pudieron compensar la escasa inversión en innovaciones. Tampoco compartimos la negación del desarrollo en Castilla de sistemas proto-industriales avanzados como el *Verlagsystem*, pues éstos se dieron en ciertas áreas a pesar de la limitada penetración del capital mercantil²³.

Durante el siglo XIX, en Castilla la Nueva destaca la persistencia de ciertas nebulosas toledanas. Aún en 1850 había en Ajofrín una significativa producción de paños ordinarios, mantas, cordellates y estameñas, así como de utillaje (cardas y peines). La pañería de Sonseca se mantuvo gracias a su conexión con Madrid, la fortaleza de sus sistemas de pequeña producción y la habilidad de sus productores para captar los cambios de la demanda regional. Incluso esta persistencia se plasmó en el crecimiento demográfico de La Sisa y La Mancha Baja, mucho menor en las nebulosas que al cerrar la fábrica de Guadalajara perdieron la posibilidad de compaginar sus ingresos con los derivados del hilado (La Sagra y sobre todo La Mesa de Ocaña)²⁴.

TABLA 1. Evolución de la población en áreas escogidas de Castilla la Nueva, 1787-1857

Área	Localidades	1787	1857	Porcentaje
La Sisa.....	13	22.534	28.412	+26
La Sagra.....	27	24.766	28.781	+16,2
Mancha Baja.....	8	24.313	29.707	+22,1
Mesa de Ocaña.....	15	32.954	35.688	+8,2
Campo de Calatrava....	21	48.164	68.401	+42
La Alcarria.....	51	20.520	25.024	+21

Fuente: Censo de Floridablanca (1787) y Censo de población de 1857.

²³ Los argumentos desindustrializadores han sido subrayados por P. García Colmeneros en “Crisis de la artesanía textil tradicional e industrialización en Castilla y León”, en J. M. Donezar y M. Pérez Ledesma (eds.), *Antiguo Régimen y Liberalismo. Homenaje a Miguel Artola, 2. Economía y sociedad*, Madrid, 1995, pp. 137-145.

²⁴ Con todo, la debilidad de la industria de Ocaña no se constata en P. Madoz, donde se mantenía una importante diversidad de manufacturas (jabón, alfarería, industria panadera, medias de estambre...). Otros estudios también constatan el desarrollo demográfico de las localidades toledanas comprendidas entre Madridejos y Orgaz —con una

En suma, buena parte de las pañerías castellanas fue incapaz de superar los altos costes de producción y de seguir el ritmo de renovación tecnológica a que estaban obligadas si querían competir con los textiles catalanes y europeos. Pero éstas estaban especializadas en paños de calidad o destinados a mercados masivos de índole urbana. Algunas pañerías rurales sobrevivieron gracias a su adaptación a las necesidades de las comunidades rurales y a la armonización de sus sistemas organizativos con las labores agrarias. Otras, además, como representa el ejemplo de Trillo, fueron capaces de adaptarse a las condiciones del mercado a través de la adopción de la mecanización.

Conclusiones

A lo largo de estas páginas hemos intentado demostrar que Madrid estaba lejos de ser una ciudad estranguladora de la industria castellana, y podemos concluir que fue la competencia interregional la que estuvo tras la estructuración del mercado nacional. De hecho, más calado que la influencia de Madrid parece haber tenido el cuestionamiento de las relaciones agro-urbanas imperantes en Castilla por parte de las estrategias industriales desplegadas desde la periferia peninsular. La lucha existente en Castilla entre los agentes de distintas vías industrializadoras y cómo de ella resultó triunfante el modelo de industrialización catalán, merecen por tanto una pequeña reflexión final.

Hemos constatado a lo largo de nuestra exposición que los sistemas de pequeña producción imperantes en las nebulosas industriales castellanas contaban con un talón de Aquiles en la debilidad de su dimensión mercantil. Es innegable que los productos industriales elaborados en Castilla llegaban al rincón más recóndito del país, pero la escasa división del trabajo inherente a los sistemas de pequeña producción era un obstáculo trascendental para su reproducción ampliada. El problema se agravó en el contexto competitivo del siglo XVIII dado que en Cataluña se estaba desarrollando una vía industrial que tenía uno de sus principales bastiones en el componente mercantil.

En este sentido, es indudable que un hecho importante de la vida económica castellana del siglo XVIII fue la penetración lenta pero cons-

larga tradición textil a sus espaldas— entre 1787 y 1877. D. Ringrose, *España, 1700-1900: el mito del fracaso*, Madrid, 1996, p. 377. No he podido consultar su ponencia “An Approach to the Study of Market Integration in Nineteenth Century Spain”.

tante del capital mercantil catalán. Esta migración comercial configura lo que se ha convenido en llamar la *diáspora mercantil* catalana, es decir, un proceso de penetración y posterior estructuración de toda una serie de corresponsales y sucursales en el interior castellano. Los negociantes, trajineros y vendedores ambulantes que conformaban esta migración catalana eran los encargados de vender en Castilla las manufacturas producidas en el Principado, así como de transportar en dirección contraria las materias necesarias para elaborar tejidos (lana, granza, seda)²⁵.

Esta penetración tuvo en Madrid al principal centro castellano. En 1750 los mercaderes catalanes ya estaban sólidamente asentados en la capital y a lo largo del medio siglo restante la utilizaron como base en su conquista del mercado interior. Sobre este último punto basta con ver las cifras de la feria de Almagro en 1800. A comienzos del XIX el valor de los textiles castellanos intercambiados en esta feria —la segunda en importancia de Castilla la Nueva sólo tras la celebrada en Valdemoro— no llegaba a sobrepasar los 80.000 reales, mientras que el de los catalanes eran casi cuatro veces más. Unas cifras, en suma, que indican la dirección de los intercambios y reflejan que la diáspora mercantil era la principal valedora de la industria catalana²⁶.

El desarrollo de las manufacturas catalanas y su penetración en el interior peninsular acabó por perjudicar a la industria castellana. Lo vemos en la Real Fábrica de tejidos estampados que había erigido en 1829 en San Fernando de Henares el fabricante Enrique Dollfus (miembro de una afamada saga de estampadores de Mullhouse). La pujanza inicial de esta experiencia —contaba con abundante maquinaria novedosa y no menos de 2.000 trabajadores— se reveló alicorta al contar con la animadversión de trece casas de comerciantes catalanes establecidas en Madrid. Algunos de estos comerciantes acabaron más tarde por someter a Dollfus por la vía del endeudamiento, lo que le obligó a renunciar a la dirección de la fábrica en 1833. Una compañía catalana asumió la gestión, pero más que en la producción los catalanes parecían interesados en los mismos privilegios que la Corona había concedido a Dollfus: nada menos que el derecho a introducir 30.000 piezas de algodón alsaciano en España. No sabemos si usaron este privilegio para introducir en Madrid los algodones de la fábrica o de factorías catala-

²⁵ Sobre la diáspora mercantil, J. Torras, "Redes comerciales y auge textil en la España del siglo XVIII", en M. Berg (ed.), *Mercados y manufacturas en Europa*, Barcelona, 1995, pp. 111-132 y A. Muset Pons, *Catalunya i el mercat espanyol al segle XVIII. Els trajiners i els negociants de Calaf i Copons*, Igualada & Monserrat, 1997.

²⁶ *Correo Mercantil de España y sus Indias*, Madrid, 1800, p. 390.

nas. Sea como fuere, los tejidos de algodón que llegaron a Madrid durante el resto del siglo serían producidos en la misma Cataluña, pues la fábrica establecida en el real sitio declinaría poco después de su establecimiento²⁷.

Tras lo expuesto hasta aquí una conclusión parece clara: el estrangulamiento y posterior decadencia de ciertas industrias castellanas no procedió de Madrid. Cuando intentamos conocer qué había pasado hacia 1850 con los mercaderes madrileños, las escasas referencias sobre estos mercaderes remiten a la organización de redes de *putting-out* cercanas a Madrid, a la dirección de ciertas fábricas concentradas alcarreñas y a un cierto control de la distribución de los encajes de Almagro a través de los almacenes abiertos en la Corte. Es posible que en los primeros años del siglo XIX las relaciones de Madrid con su entorno castellano quebraran debido a la desintegración en la década de los años treinta de la *Compañía de los Cinco Gremios Mayores* o la crisis de ciertas pañerías toledanas que provocarían la ruptura de las relaciones entre los mercaderes madrileños y los tejedores castellano-manchegos. La introducción de innovaciones técnicas como la generalización de los tejidos de *estambre* también dejarían su sello. Con todo, es indudable que el papel industrial del capital mercantil madrileño se vio seriamente afectado por la fortaleza de los productores rurales, pero sobre todo por la competencia de los mercaderes catalanes.

En suma, lejos de desmontar la idea de desconexión de los ámbitos rural y urbano durante la proto-industrialización, la experiencia de Castilla la Nueva demuestra la complejidad de las formas y las relaciones de producción que se daban en dichos contextos. Esta complejidad se hace más visible incluso, y a pesar de lo mucho que se ha hablado del déficit industrial de las ciudades cortesanas, en una gran urbe como Madrid. A través de los ejemplos que hemos mostrado han ido aflorando a la superficie las redes de *putting out* rural y urbano que organizaron los mercaderes madrileños, así como las relaciones de estas redes con la centralización en talleres artesanos y proto-factorías privilegiadas. Además, la demanda cortesana explica la implantación del *Verlagsystem* en provincias cercanas. En este sentido, indagar en las estrategias de los agentes madrileños envueltos en la producción significa descubrir buena parte de los efectos del desarrollo proto-industrial castellano de los siglos XVIII y XIX. Sin embargo, en estas fechas el modelo de industrialización que representaban las manufacturas catalanas comenzaba a imponer su lógica. Más parecido a cierta variante de la vía inglesa, conta-

²⁷ Biblioteca Nacional, Mss. 20.545.

ba con el apoyo de redes mercantiles muy dinámicas y extensas que le facilitaron la creación de mercados y, por ende, desarticular las redes mercantiles organizadas por los mercaderes castellanos. Es muy posible que la creación de unas nuevas redes por parte de los catalanes sea uno de los elementos que ayuden a explicar las posteriores dificultades de las nebulosas castellano-manchegas y, por ende, de la vía industrial que ellas representaban.

Resumen. «*Nebulosas industriales y capital mercantil urbano: Castilla la Nueva y Madrid, 1750-1850*»

Este artículo revisa la imagen tradicional que define la historia industrial de Castilla la Nueva con unos rasgos decadentes a causa de la influencia de la Corte madrileña. Esta revisión se realiza de la mano del estudio de ciertas *nebulosas industriales* de Castilla la Nueva y sus relaciones con el capital mercantil de la urbe madrileña entre 1750 y 1850. A través del análisis de cuatro de estas nebulosas —las de las comarcas toledanas de la Sisle, La Sagra, La Mancha Baja y la Mesa de Ocaña— es posible analizar con más detalle los rasgos distintivos de la *vía industrial castellana* y ahondar en el estudio de los sistemas de pequeña producción auspiciados por los productores —sobre todo, productoras— domésticos. La versatilidad de estas formas organizativas no rechazaba ni las posibilidades de acumulación de capital de los productores ni la penetración en la industria de los mercaderes madrileños. Esta última condicionada por la fortaleza de las comunidades artesanas locales y realizada a través de compañías, gremios mercantiles o confederaciones corporativas, apunta a que las relaciones entre Madrid y su entorno eran más dinámicas de lo contemplado hasta la fecha, lo que desdibuja la idea de desconexión y asimetría con que se han caracterizado habitualmente el campo y la ciudad durante la protoindustrialización, e incorpora a la explicación aspectos poco explorados como la competencia interregional en la estructuración del mercado nacional.

Abstract. «*Industrial nebulae and urban merchant capital: New Castile and Madrid, 1750-1850*»

This article reviews the traditional interpretation of the industrial history of New Castile, which sees this as one of stagnation and decline due to the negative influence of the Court in Madrid. The critique presented here is based on an analysis of a number of industrial nebulae in New Castile and their relations with merchant capital in the city between 1750 and 1850. An examination of four of these industrial nebulae —namely those based around the Toledo villages of La Sisle, La Sagra, La Mancha Baja, and the Mesa of Ocaña— affords an in-depth vision of the distinctive characteristics of the Castilian road to industrialisation, as well as an unusually detailed picture of the small-scale system of production organised by domestic producers, and above all women. The versatility of these organisational forms did not exclude the possibility that producers might accumulate capital, or that merchants from Madrid might enter these local industries. Depending on the strength of the local artisan communities, the penetration of merchant capital took place through companies, merchant guilds, or corporative confederations. The research presented here suggests that the relations between Madrid and the surrounding area were more dynamic than once thought, thereby challenging the picture of disconnection and asymmetry between countryside and city during protoindustrialisation. At the same time, the article also highlights the explanatory importance of a number of previously under-explored factors, notably the importance of interregional competition in structuring the national market.